

PRÓLOGO: EL AMOR SOCIAL Y LA SUPERACIÓN DE LA IDOLATRÍA

José Carlos Caamaño

Este libro trata acerca de política, pero también trata acerca de Dios. Trata del quehacer humano, pero también trata acerca de aquello que no es *technéni praxis*, según la exposición aristotélica,¹ sino naturaleza. Se aboca a cuestiones del individuo, aunque sobre todo del pueblo. Y trata sobre estas cosas en relación, pues ninguna de ellas puede ser considerada sino vinculada a la polaridad que establece con su opuesto esclarecedor. Aún de Dios lo que podemos formular de Él es en analogía y símbolos humanos. Deseo a modo de presentación de esta obra, de nuestro grupo de trabajo, ofrecer brevemente cuatro tópicos. Ellos tratan acerca de algunas cuestiones que atraviesan nuestra vida social.

1

Cf. *Metafísica*, Libro I. *Física* Libro II.

COMER Y CONTEMPLAR

Poco antes de su muerte, en dialecto Umbro, San Francisco de Asís escribió un texto de peculiar profundidad teológica, espiritual y humana. El texto, tal como lo conocemos hoy, es citado por primera vez, en el 1228, por el biógrafo de Francisco, y contemporáneo a él, Tomás de Celano. Si bien la recepción de este bello himno ha sido más bien ingenua, tratándolo como una especie de oda romántica dedicada tanto a la belleza de las formas y los colores de la naturaleza cuanto a su inocencia original, estamos ante una página de especial vigor contemplativo. El cántico de las creaturas trata de Dios, pero trata también de la creación entera en su dignidad y grandeza. Si el libro del Génesis, en el capítulo 1 –perteneciente a la tradición sacerdotal del Israel exiliado en Babilonia– recuerda que la creación no es idéntica a lo divino, exponiendo el carácter originado de todo lo que existe, el *Cántico de las creaturas* recuerda que el ser creado debe ser tratado fraternalmente. Contra las propuestas de tipo maniqueo y dualistas, que amenazaban la mirada medieval reduciendo la realidad a la pura interioridad y al espíritu, con el consiguiente desprecio de lo sensible, Francisco habla de las creaturas como hermanos y hermanas. El *Poverello* propone una ética del cuidado fundada en la dignidad inalienable de la creación. No somos sus dueños, las cosas nos han sido dadas para compartirlas y ser felices en ese gesto de donación. Pero además nos han sido dadas para contemplarlas. En el texto, el santo de Asís, alaba que por medio de ellas la humanidad encuentra sustento (*a le Tuecreaturedàisustentamento*) pero también celebra su belleza, su fuerza y claridad (*Laudato si', mi Signore, per sora Luna e le stelle: in celul'àiiformateclarite et pretiose et belle... Laudato si', mi Signore, per frateFocu, per lo qualeennallumini la nocte: ed ello è bello et iocundo et robustoso et forte*). Estos versos sirven de ejemplo a la tensión interior que existe en nuestra relación con la naturaleza: de ella tomamos para sobrevivir, comemos y a ella contemplamos. Comemos aquello que contemplamos. De allí que es imprescindible un horizonte ético para evitar dos extremos: por un lado, resolver el vínculo con la naturaleza a través de la lógica del tabú, esto significa su rechazo ante el miedo de caer en una especie de incesto. ¿Cómo comer lo

que debemos contemplar? Pero, por otro lado, olvidar que debe ser contemplada, tratándola como algo que tiene por finalidad la mera provisión. No hay que olvidar que debemos vivir “en un adentro y un afuera” como sostenía Rodolfo Kusch.² Si sólo vivimos en el afuera no nos alegraremos ni asombraremos, sólo evaluaremos, tramaremos y buscaremos dominar. Si vivimos sólo en el adentro no podremos sobrevivir ni obrar la legítima transformación que debe ejercer la voluntad humana.

Contemplar y comer: esta relación exige una forma de posesión en la cual aquello que tomamos no es de nuestra disponibilidad absoluta. Si el problema es primeramente ético, el desafío de pensar la regulación de este equilibrio hace que sus exigencias se vuelvan políticas. Porque lo que tomamos es para ser contemplado no podemos disponerlo movidos simplemente por nuestro antojo.

El Papa Francisco retoma aquel bello texto de San Francisco ante un desafío diverso. Sin embargo, las consecuencias son similares, aunque en escalas exponencialmente mayores. En efecto, el apego al mundo ha llevado a su desprecio. Al igual como la dependencia excesiva de las personas nos lleva a manipularlas para poseerlas de modo exclusivo, el deseo de dominio y seguridad nos ha conducido al expolio de la naturaleza. Cuando alguien piensa que lo que desea poseer es de su libre disponibilidad entonces ejerce violencia. Esta violencia puede ser en la relación de los individuos, de las comunidades y de los Estados. El Papa da cuenta de un nuevo dualismo que consiste en un problema mucho más interior e invisible que aquél del medioevo: la creencia de que las cosas existen para algunos que pueden comprarlas. Esto tiene un elemento más conflictivo de base: creer que todas las cosas poseen un valor de mercado y que en eso consiste su dignidad.

De nuevo entonces, en la encíclica *Laudato Si'* aparece el binomio comer y contemplar, pero ahora desde el llamado a la justicia y el cuidado de la casa común.

2 Cf. “La fe de los antiguos”. De sus charlas por radio Nacional en el programa El hombre de América. <https://www.youtube.com/watch?v=czhAGBauF7U>. La edición impresa: “La fe de los antiguos” (Kusch, Rodolfo, 1998, p. 557-562).

Este libro que presentamos trata acerca de acuciantes desafíos sociales, pero también de desafíos ecológicos. En la actualidad ambos problemas poseen una íntima vinculación pues en el corazón de la injusticia hay, finalmente, una crisis en la relación entre comer y contemplar. Como en una dependencia patológica, donde finalmente no podemos gozarnos de aquello que necesitamos poseer desmedidamente. Esta tensión deriva en la angustia y la violencia. Es el amor lo que logra reconciliar.

RELACIÓN, LIBERTAD Y HEGEMONÍA

El año 2013, en Río de Janeiro, el Papa Francisco propuso un itinerario programático al pronunciar su discurso al Comité de Coordinación del CELAM.³ El itinerario allí expuesto, si bien se refiere a la vida de la Iglesia Católica en América Latina, revela el modo cómo el Papa comprende la realidad social. Hay, sobre todo en la parte cuarta del texto, un conjunto de preguntas de especial interés para nuestras búsquedas. “¿Con qué mirada vamos a ver la realidad?”, se pregunta el Papa criticando la posibilidad de miradas “asépticas”.

A la vez, en ese texto, observa acerca de la tentación de pensar liderazgos autocomplacientes e incapaces de permitir el desarrollo de los demás. En uno de sus primeros abordajes como pontífice a la noción de pueblo afirma de ella que es la posibilidad de evitar esta tentación. Para Francisco el pueblo es una forma de vivir en libertad. Este punto es muy importante para nuestra cuestión pues deja en evidencia la importancia de considerar la libertad como un hecho relacional y no-autónomo. O mejor aún, replantea en qué consiste la autonomía. No hay libertad sin relación, pues la decisión no consiste ante todo en la opción ante objetos sino en la relación entre sujetos. El desafío constitutivo de la libertad no es decidir acerca de las cosas que nos apropiamos sino del modo cómo nos relacionamos.

La importancia de este hecho -antropológico y social- posee, además, un trasfondo metafísico: la verdad es relacional. Afirmó el

3 Cf. https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/july/documents/papa-francesco_20130728_gmg-celam-rio.pdf

Papa en su carta a Eugenio Scalfari “todos nosotros captamos la verdad y la expresamos a partir de nosotros mismos: desde nuestra historia y cultura [...] Eso no quiere decir que la verdad sea variable y subjetiva, todo lo contrario. Más bien indica que se nos da siempre y sólo como camino y vida”.⁴

Aquí es importante considerar un aporte fundamental del pensamiento judeo-cristiano a la noción de unidad. Discernimiento decisivo para la cuestión metafísica. Para Israel, Dios llamó a un pueblo para constituirlo “su pueblo”. No encontramos en el Primer Testamento (prefiero esta denominación a la de Antiguo Testamento) una especulación sobre lo divino, sino que se nos ofrece la identidad de Dios en relación a la humanidad, a un pueblo, a la historia. Un Dios en salida, en relación. Poco o nada sabemos de Dios fuera de lo que se manifiesta en esa relación.

En el Testamento cristiano esto es llevado a una riqueza particular poniendo la relación en la misma identidad divina a través del misterio de la Trinidad. Todo este proceso permite considerar lo Uno como relación y acogida de lo plural. Lo Uno, entonces, no se opone a lo plural, sino que es su posibilidad en la medida que el factor de integración sea el amor. De hecho, Dios mismo es considerado como amor (cf. I Jn 4). De lo contrario la pluralidad generará nuevas hegemonías que pretenderán garantizar el equilibrio y la integración. Nuestro tiempo es de reconocimiento de derechos, pero también de pretensiones hegemónicas. Los discernimientos de estos movimientos internos en nuestros procesos culturales son desafiantes y comprometedores. Y aquí, el modelo teológico, impacta en la comprensión social. Es el amor lo que logra liberar. También sobre esto trata nuestro libro.

LA VERDAD, EL PODER Y LOS ÍDOLOS

Estas cuestiones nos llevan a una nueva preocupación. Ludwig Feuerbach afirmó en el capítulo 2 de *La Esencia del Cristianismo* que “la religión, por lo menos la cristiana, consiste en el comportamiento del

4 https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2013/documents/papa-francesco_20130911_eugenio-scalfari.html

hombre para consigo mismo o, mejor dicho: para con su esencia, pero considerando a esa esencia como si fuera de otro. La esencia divina no es otra cosa que la esencia humana”. Esta famosa crítica filosófica a la religión posee un vigor sumamente sugerente al si la consideramos como análisis de una situación que efectivamente puede darse en el acontecimiento que llamamos religión. En efecto, para Feuerbach, Dios resulta de un proceso de “objetivación”. Aquello que nosotros experimentamos como sujetos, lo proyectamos y lo volvemos objeto.

Más tarde, Nietzsche, ya no desde la lógica de la proyección, sino desde el despliegue de la voluntad de poder, realizará una nueva crítica al cristianismo reinstalando una divinidad sin *kénosis*, como puro despliegue de vida y fuerza.

En el fondo, el proceso que describe Feuerbach es idéntico al desarrollo de la constitución de lo que llamamos ídolo. No se trata simplemente de una perversión de lo divino sino de su sustitución.

No toda proyección es distorsiva e ilegítima. La imaginación creativa es una forma de proyectar, en la que se cuece el lenguaje literario, la metáfora, la poesía, el descubrimiento de relaciones sonoras que hacen nacer una melodía. El problema es aquella forma de proyección en la que constituimos como absoluto un deseo, una visión de las cosas, o construimos un Dios que haga sostenibles nuestras visiones históricas o institucionales. Aquí es donde la perspectiva de Feuerbach puede ser una advertencia correctiva a la idolatría, que es volver lo divino un subproducto de la historia o de estructuras institucionales. Esto vuelve a la religión, y también a la teología, una experiencia o un discurso que tienen como finalidad sostener un *status quo*. El llamado de Francisco a la reforma de la Iglesia es un golpe decisivo a esta tentación

Tampoco toda voluntad de poder tiene como objetivo el súper hombre descrito por Nietzsche. Romano Guardini afirmaba que “El poder es la facultad de mover la realidad. Sólo puede hablarse de poder en sentido verdadero cuando se dan estos dos elementos: de un lado, energías reales, que puedan cambiar la realidad de las cosas, determinar sus estados y sus recíprocas relaciones; y, de otro, una conciencia que esté dentro de tales energías, una voluntad que les dé unos

fines, una facultad que ponga en movimiento las fuerzas en dirección de estos fines” (Guardini, Romano, 1963, p.23). Por tanto, la clave de su legitimación proviene de los fines según los cuales se establece ese ejercicio de transformación de la realidad. La voluntad de servicio legitima la posesión de una *potestas* que hace que alguien obre, con poder, en función del bien común. Pero puedo desear poseerlo para controlar, atrapar, dominar, someter. En este caso, el poder, se vuelve un ejercicio idólatrico de la voluntad.

Paul Tillich ofrece una iluminadora definición, en su *Teología Sistemática*, al afirmar que “la idolatría es la elevación de una preocupación preliminar al estatuto de preocupación última. Algo esencialmente condicionado se toma como incondicional, algo esencialmente parcial se eleva a la universalidad, y a algo que es esencialmente finito se le da una significación infinita” (Tillich, Paul, 1972, p.28).

Estas cuestiones afectan a la búsqueda de la verdad y a la acción política. Este libro quiere ofrecer una propuesta crítica a las idolatrías reflexivas y políticas. Ellas impiden una forma de vida comunitaria que tenga como fin hacer felices a todos los que participan de los vínculos que definen lo social. Es el amor lo que da la estocada de muerte a la idolatría.

LA PRETENSÓN OCEÁNICA, LA FRATERNIDAD Y EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

La idolatría surge cuando la construcción de ídolos es útil a la conformación de la propia seguridad. Ante el silencio del Dios, que se propone como verdadero, podemos imaginarnos un absoluto que discurra con nuestra propia narración, constituyendo una auto-revelación que confirme nuestras propias intuiciones. A la vez, así las cosas, el ser humano es exonerado de una moral relacional para construir un sistema de comportamiento que tiene como objetivo el desarrollo de las propias necesidades, independientemente del clamor de quienes sufren, están solos o atravesados por la debilidad. No es casual que la crítica más fuerte de Nietzsche al cristianismo sea a lo que él entiende como un principio de anti-vida: la compasión.

La omnipotencia, que pretende sustituir lo divino a través de la acción, se vuelve amenaza a la comunidad y a la creación. Sólo es soportable la noción de omnipotencia si la afirmamos de un Dios que ha creado todo, que es misericordioso, que no se cansa de perdonar a su pueblo, como celebra Israel a su Dios. A un Dios que es “conocedor de todo, el más clemente y compasivo” como enseña el Corán (59,22). Que es capaz de renunciar a su forma divina y hacerse uno/a de nosotros/as para llenarnos de su amor (Flp. 2,6-11).

Renunciar a la idolatría es también una exigencia para los no creyentes. Tanto los creyentes como aquellos que no creen, para vivir de modo fraterno y cuidar de la casa común como un hogar que está en peligro, debemos recorrer la exigencia de renunciar a la pretensión oceánica de pensar que lo divino, lo último, o lo valioso, es regulado o constituido por nuestra necesidad. Este “ser uno con el todo”, propio del sentimiento oceánico expuesto por el pensamiento freudiano, puede replicarse en la forma como consideramos las cosas y al mismo Dios. Pensamos que podemos disponer de todo, atraparlo a nuestro antojo y reducirlo al cálculo y al dominio.

En el fondo no es necesario respaldar la propuesta de Freud para afirmar que detrás de aquella forma de abordar el poder, la religión y la relación con los otros hay una patología idolátrica, que nos hace utilizar lo público, lo sagrado y todas las cosas como subproductos de los propios intereses. Es el amor quien, finalmente, posibilita la lucidez última.

Queremos ofrecer, en este libro, un aporte al discernimiento reflexivo y la contemplación.

Hace unos días leí la hermosa Cantata del Algarrobo Abuelo. Una Oda, escrita por el poeta argentino Antonio Esteban Agüero, nacido en Merlo, en la provincia de San Luis. Allí se encuentra un algarrobo que es considerado el más antiguo del país, con 1200 años. De un tamaño atípico, inmenso, lleno de ramas como tentáculos. Tanto en el esplendor veraniego como en su austeridad invernal, todo invita a mirar y jugar contando la multitud de brazos.

En una estrofa, hablando de sus ramas, canta Agüero:

Yo podría contarlas, si quisiera
Una por una y apagar mis ojos
Con la venda y el frío de la cifra,
Pero prefiero contemplar gozoso.

Los desafíos que hoy nos ocupan nos exigen contar las ramas sin perder el asombro. Como quien sabe la receta de un postre y los secretos de su elaboración y no por eso pierde el placer de su sabor. Nuestro tiempo nos exige ciencia y asombro.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles (1998), *Metafísica*. Edición trilingüe preparada por Valentín García Yerba. Gredos, Madrid.

Aristóteles (1995), *Física*. Edición preparada por Guillermo R. de Echandía. Gredos, Madrid.

Feuerbach, Ludwig (1941), *La esencia del cristianismo. Crítica filosófica de la religión*. Editorial Claridad, Buenos Aires.

Francisco, “Discurso al Comité de Coordinación del CELAM”, https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/july/documents/papa-francesco_20130728_gmg-celam-rio.pdf

“Carta a Eugenio Scalfari”, https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2013/documents/papa-francesco_20130911_eugenio-scalfari.html

Freud, Sigmund (2017), *El malestar en la cultura*. Trad. de A. Brotons Muñoz. Akal, Madrid.

Guardini, Romano (1963), *El poder. Un intento de orientación*. Guadarrama, Madrid.

Kusch, Rodolfo (1998), “La fe de los antiguos”. En *Obras Completas*. Tomo I. Fundación Ross, Rosario, 557-562.

Nietzsche, Friedrich (1996), *El Anticristo*. Trad. de Andrés Sánchez Pascual. Alianza, Madrid.

Tillich, Paul (1972), *Teología Sistemática*. Volumen 1. *La razón y la revelación, el ser y Dios*. Ed. Ariel, Barcelona.